

Kike Figaredo accede a uno de los principales órganos de la curia romana

El Papa Francisco nombra al jesuita gijonés miembro de la Congregación para los Institutos de la Vida Consagrada, encargada de las órdenes de religiosos



IVÁN VILLAR

✉ ivillar@elcomercio.es

GIJÓN. El jesuita gijonés Kike Figaredo, prefecto apostólico de la región camboyana de Battambang, ha sido nombrado miembro de la Congregación para los Institutos de la Vida Consagrada, uno de los principales dicasterios de la curia romana. El religioso asturiano compartirá membresía con otros seis españoles, en un órgano compuesto por medio centenar de integrantes.

La Congregación para los Institutos de la Vida Consagrada es una de las nueve con las que cuenta la curia vaticana y sus miembros, al igual que los del resto de dicasterios –nueve congregaciones, tres tribunales, doce consejos pontificios y tres oficinas vaticanas–, cesan automáticamente en su cargo al final de cada pontificado. Tras su elección como sucesor de Benedicto XVI, el Papa Francisco ratificó en su puesto de forma provisional a todos los jefes y miembros de estos dicasterios, asegurando que se reservaba «un cierto tiempo para la reflexión, la oración y el diálogo, antes de cualquier nombramiento o confirmación definitiva».

En abril del año pasado nombró un nuevo secretario para la congregación para los Institutos de la Vida Consagrada: el español José Rodríguez Carballo, arzobispo de Belcastro (Italia) y hasta hace un año ministro general de los franciscanos, que sustituía en el cargo al estadounidense Joseph William Tobin-. Y este sábado el Boletín de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, medio responsable de la difusión de las informaciones oficiales del Vaticano, informaba de las decisiones adoptadas por el Pontífice con respecto al resto de integrantes de este dicasterio. Se ratificaba como prefecto de la congregación al cardenal brasileño Joao Braz de Aviz y se daba continuidad a una docena de sus miembros –entre ellos el español Adolfo Nicolás, actual Prepósito General de la Compañía de Jesús-. Además, se nombraba a otros 31 nuevos miembros, entre los que, además de Kike Figaredo, se encuentran el nuevo presidente de la Conferencia Episcopal y arzobispo de Valladolid, Ricardo Blázquez; el obispo de Santander, Vicente Jiménez Zamora; el obispo de Tarazona, Eusebio Hernández



Kike Figaredo, durante una de sus últimas visitas a Gijón. :: L. SEVILLA

Sola; y Emili Turú Rofes, actual Superior General de los Hermanos Maristas.

La Congregación para los Institutos de la Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, cuyos orígenes se remontan al siglo XVI, es el órgano de la curia romana res-

ponsable de todos los asuntos concernientes a los institutos religiosos (órdenes y congregaciones religiosas, masculinas y femeninas: jesuitas, capuchinos, franciscanos, carmelitas...), institutos seculares y sociedades de vida apostólica (como por ejemplo las Hijas de la

Caridad de San Vicente de Paul), en cuanto a régimen, disciplina, estudios, bienes, derechos y privilegios. También se ocupa de la vida eremita, las vírgenes consagradas y las relativas asociaciones y las nuevas formas de vida consagrada. Sus competencias se extienden a todos los aspectos de la vida consagrada: vida cristiana, vida religiosa, vida clerical.

Su sede está en Roma y sus miembros y dirigentes son nombrados para un quinquenio, si bien cesan en su cargo en el momento en que cumplan 80 años o a la muerte del Papa. Aunque para las sesiones ordinarias de este dicasterio solo es necesario convocar a los miembros que vivan en Roma, para las reuniones plenarias, que se celebran una vez al año para tratar cuestiones de carácter general y también cuando el prefecto de la congregación lo considere oportuno, si se llama a todos sus miembros.

Trayectoria de solidaridad

Kike Figaredo llega a este órgano de la curia romana tras una larga trayectoria marcada por su trabajo a favor de los niños víctimas de mutilaciones en Camboya, un país sembrado de minas antipersona, y de las comunidades rurales que viven en la pobreza. Natural de Somió (1959), ingresó con 19 años en la Compañía de Jesús y con 26 se fue a las misiones, donde trabajó en los campos de refugiados camboyanos en Tailandia. Regresó a España para concluir sus estudios (es licenciado en Económicas, Filosofía y Teología) y ordenarse sacerdote en 1992, tras lo cual se trasladó a Camboya. Desde 2001 es prefecto apostólico –máximo representante del Vaticano– para la región de Battambang.

Muchas veces me pregunto si ser pobre será exclusivamente no tener recursos. Creo que esa es una manera de serlo, quizá la más dura. Pero uno puede ser pobre de muchas formas porque, como reza el dicho popular, no sólo de pan vive el hombre. Esta última es una cuestión en la que no voy a entrar: doctores –o filósofos– tiene la iglesia. En este caso me voy a referir a aquellos que encuentro en el trayecto que va desde mi casa hasta el trabajo: los que llamo de solemnidad, porque no tienen nada. Los tengo contabilizados hasta tal punto que cuando me falta alguno lo hecho de menos.

En la calle 17 de agosto, en la puerta de un supermercado, sentada en cartones y tapada con mil mantas viejas y raídas, una anciana coloca su puesto de recaudación. Llega acompañada por el que se supone su marido, cargada de bolsas, poco después de que abra el supermercado. Me consta que tiene donantes fijos, que le dan una barra de pan, algo de fruta, aceite... de ahí que venga con bolsas: para poder llevárselo después. Es rumana.

Sigo por Begoña, al lado de los Carmelitas. Ahí suele haber dos, a veces tres. A pie de escalera está Juan, esperando la beneficencia de quienes a primera hora acuden a rezar. A cambio de unas monedas les



da los buenos días y les abre la puerta. Es un sitio bueno para pedir, me confesó un día bajando la cabeza y sin mirarme. No me extraña pues si algo nos enseñó Jesucristo es la caridad. Estaría mal acercarse al templo y no dejar unas monedas en la mano que nos las pide...

En el banco de enfrente está Joaquina. Es alcohólica y se le nota. Siempre está pegada a un cartón de vino perronero. Creo que no es un buen sitio para mendigar en esas condiciones. En cierta manera dan en el clavo: fue prostituta en El Llano. Pero ya no sirve para el oficio, es vieja, fea y le faltan los dientes. Quizá es la que más lo necesita.

A pocos metros una casi niña de ojos muy azules estira la mano vestida de princesa, de princesa repudiada más bien. En un español apenas entendible se dirige a los viandantes pidiendo caridad. Es rumana y cada mañana su padre, o lo que sea, la lle-

va a ese 'puesto de trabajo' en el que pasa casi todo el día. Supongo que el lugar le será rentable. Nunca he conseguido cruzar una palabra con ella, y lo intenté. Acaso una de las órdenes de quienes la explotan sea la de no hablar con nadie: lo cumple al pie de la letra.

A medio paseo un hombre de unos 50 años pide sentado en las escalillas de una entidad bancaria, de ese lugar donde se supone está el dinero. Tiene como reclamo un letrero que dice que es español y que no tiene trabajo. Está claro que la mayor competencia está en los extranjeros. Utiliza para recaudar una caja de zapatos de cartón, no estira la mano como los otros. También debe de compensarle, porque lleva muchos meses en el mismo sitio.

Al final del paseo Alberto toca la guitarra y... por supuesto también pide. No importa que llueva, él ahí está con su guitarra; ahora eléctrica,

la ilusión de su vida me dijo. Le pagaron los atrasos de la ayuda social y se compró un instrumento de trabajo mejor. Quería ser músico, lo intentó, pero terminó en la calle, como empezó Sabina, apostilla cuando le expongo mis dudas de que pueda ser un buen oficio para su futuro.

En la cuesta de Begoña no hay nadie implorando caridad. Pero apenas torcemos hacia Los Moros, frente al kiosco de la ONCE, un señor bien vestido, de unos 70 años solicita ayuda; se acompaña de un cartel que dice que mejor es pedir que robar. Tiene razón. Y allí está un día tras otro, y de cuando en cuando pega la hebra con el vendedor del cupón. Es como de la familia, familia de la calle, claro.

A cuatro pasos, a la puerta de un supermercado, idéntica escena a la primera mencionada: una rumana muy mayor, entre harapos y bolsas estira la mano y da los buenos días a todo el que pasa por su lado. La impresión es que se trata de un grupo organizado de señoras mayores colocadas a las puertas de los puntos de venta de alimentación. Todas responden al mismo perfil: ancianas, rumanas, sentadas en cartones y cargadas de bolsas.

Concluyo mi periplo de pobres en el café del Instituto, donde tomo el café que me ayudará a sobrellevar la

mañana. Por allí pasa siempre Luis, que no pide limosna, trabaja: intenta vender pañuelos de papel, balletas, bolígrafos, lo que cuadre. Y a este es al único que socorro, si así se puede llamar a mi exigua limosna. Le invito a un café con leche que él agradece más que unas monedas, porque entre sorbo y sorbo aprovecha para contarme sus pequeñas cosas, sus dificultades y alguna alegría que también tiene. De él sé que vive en Somió «con las hermanitas» –dice–, que le tratan muy bien, pero considera que tiene que ganar algo y por eso después de desayunar se lanza a la calle a vender aquello que pueda comprar muy barato. El último día me contó que estaba triste, porque antes tenía una habitación para él sólo y ahora le han puesto un compañero y que, claro, había perdido su intimidad. Y es que todos, hasta los más pobres tienen su dignidad. Cuesta dársela, lo reconozco, porque no siempre despiertan lástima, muchas veces –y a muchas personas que se dicen de bien– les repele tanta miseria. Todo forma parte de esta ciudad que es Gijón, y que, además, es la mía. Reconozco que soy bastante rara, y que más entretenido es pasar mirando escaparates que contando pobres. Pero, qué quieren que les diga, no puedo ser indiferente a nada de lo que sucede en la villa de Jovellanos.